



**Samuel Logan Brengle**

(1860-1936)

**PUREZA**

por

Samuel Logan Brengle D. D.

## PUREZA

por

Samuel L. Brengle D. D.

*"Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta."*  
Hebreos 13:12

Un ministro del evangelio, después de haber escuchado la predicación de un eminente siervo de Dios sobre la santificación entera por medio del bautismo del Espíritu, le escribió diciendo: "Me gusta su enseñanza sobre el bautismo del Espíritu Santo. Lo necesito y lo estoy buscando; pero no me llama la atención la santificación entera o sea la limpieza del corazón. Le suplico orar por mí para que sea lleno del Espíritu Santo".

El hermano que le conocía bien, le contestó: "Me alegro saber que usted cree en el bautismo del Espíritu Santo y lo está buscando sinceramente. Junto mi oración con la suya para que reciba el deseado don. Pero debo decirle que si logra obtener el Espíritu Santo, forzosamente tendrá que aceptar la santificación entera porque la primera obra que el Espíritu Santo hace es limpiar el corazón de todo pecado".

Gracias a Dios, el hermano se humilló, permitió que el Señor lo santificara, fue lleno del Espíritu Santo y fortalecido poderosamente para trabajar para Dios.

Muchos han contemplado la promesa de poder que viene con la venida del Espíritu Santo, la energía de la predicación de Pedro el día de Pentecostés, los resultados maravillosos que le acompañaron. Erróneamente han sacado conclusiones precipitadas de que el bautismo del Espíritu es solamente para servicio. Ciertamente trae poder – poder de Dios – y prepara al hombre para servir – para servir en la más importante obra que ha sido encargada a seres humanos, la proclamación de salvación y de paz al mundo perdido; pero no solamente hace esto; tampoco ocupa esta obra el lugar primero en su ministerio. La obra principal, la obra básica del bautismo, es la de la purificación o limpieza del corazón.

Se puede echar el agua en el saetín del molino de agua, pero si este canal está lleno de tierra y de basura, no habrá fuerza para mover el molino.

El gran estorbo en los corazones de los hijos de Dios al poder del Espíritu Santo es el pecado innato – el mal oscuro y desafiante que lucha para dominar el alma, y que no deja que el hombre sea manso, humilde, paciente, sufrido y santo, tal como era Jesús. Cuando viene el Espíritu Santo, su primera obra es quitar ese mal, destapar y limpiar los canales del alma.

Pedro fue lleno del poder el día de Pentecostés, pero es muy claro ver que el efecto purificador del bautismo le hizo más duradera impresión que la investidura con poder. En los años después, en el primer concilio en Jerusalén tal como lo cuenta Hechos 15, él se puso de pie y contó del bautismo espiritual de Cornelio, el centurión romano y los de su casa diciendo: "Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones". Con estas palabras Pedro no pone la importancia mayor al poder sino a la pureza resultante del bautismo. Cuando el Espíritu Santo viene para morar, el "hombre viejo" se retira. ¡Gracias a Dios!

En el Antiguo Testamento, en el capítulo seis de Isaías, la destrucción del pecado innato se presenta claramente bajo la figura de la obra de fuego. El profeta había sido un predicador

sincero de justicia (véase Isaías 1:10-12). Sin embargo, él no era enteramente santificado. Pero recibió una visión del Señor sentado sobre un trono alto y sublime y de los serafines que daban voces el uno al otro, diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”. Los mismos quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba; y ¡cuánto más se estremecería el corazón del profeta! Así fue, y él clamó: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”.

Cuando hombres no santificados reciben una visión de Dios, esta revelación no es de la falta de poder, sino de la falta de pureza, de la diferencia entre ellos y Cristo, el Santo. Eso es lo que les molesta. Así era con el profeta. El dijo además: “Voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: ‘He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado’”. En este caso también, lo que llamó la atención, era la pureza y no el poder.

En el capítulo 36 de Ezequiel, tenemos otro tipo de bautismo espiritual. En Isaías el tipo es de fuego, pero en Ezequiel es de agua, porque agua, aceite, viento, lluvia y rocío, todos son tipos del Espíritu Santo. El Señor nos dice por Ezequiel: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne; y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra”.

Aquí otra vez, la investidura del Espíritu Santo significa la destrucción de todo pecado – de toda “inmundicia y de todos los ídolos”. ¡Cuán clara es esta enseñanza! Sin embargo, muchos de los hijos de Dios no creen que sea su privilegio ser librado de pecado y purificados de corazón ahora en esta vida. ¿No es posible? Consideremos:

1. Ciertamente es deseable. Todo cristiano sincero (y no puede uno ser cristiano si no es sincero) desea ser librado de pecado y ser puro de corazón, tal como Cristo. Pecado, para todo verdadero hijo de Dios, es odioso. El Espíritu en él denuncia el pecado y todo mal ánimo tal como el orgullo, la concupiscencia, el egoísmo y la maldad que se esconde en el corazón. Ciertamente es deseable ser libre del pecado.

*Dios desea que yo santo sea.*

*Esa santidad anhelo disfrutar.*

*Esa plena conformidad*

*A toda la voluntad de mi Señor.*

2. Es necesario: porque “sin la santidad, nadie verá al Señor”. En algún momento, en algún lugar y de alguna manera, el pecado – todo pecado – tiene que salir de nuestros corazones, porque de otra manera no podremos entrar en los cielos. Pecado arruinaría los cielos mismos, tal como arruina la misma tierra, destruyendo la paz de los corazones, de los hogares, de las familias, de la comunidad y del mundo. No comprendo porqué Dios en su sabiduría permite el pecado en el mundo. No lo puedo entender. Pero, esto lo sé: Dios es dueño de un lugar en donde jamás permitirá que el pecado entre. Con anticipación no ha advertido que ningún pecado o cosa abominable podrá entrar en los cielos para manchar la bienaventuranza de aquel lugar santo. “¿Quién subirá al monte de

Jehová? Y ¿quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño”. Es forzoso que seamos limpiados del pecado para lograr entrar en los cielos y gozar de la aprobación completa de Dios.

3. Esta pureza es prometida. Las promesas claramente enseñan purificación. “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de **todas** vuestras inmundicias; y de **todos** vuestros ídolos os limpiaré”. Cuando **todas** las inmundicias son limpiadas, nada de inmundicia resta y cuando **todos** los ídolos son quitados, ningún ídolo queda.

“Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. (Romanos 5:20-21) La gracia trae santidad. Entonces el pecado sale.

“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. (1 Juan 1:7). ¡Aleluya!

“Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. (Romanos 6:18).

Los versículos citados son ejemplos de las muchas promesas y afirmaciones divinas, y cualquiera de ellas basta para animarnos a creer que nuestro Padre Celestial nos salvará de todo pecado si nosotros cumplimos las condiciones.

4. Tal liberación es posible. Jesucristo, Hijo del Padre vino al mundo, sufrió y murió precisamente para “salvar su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Su palabra con sus promesas maravillosas, fue dada “para que por ellas llegásemos a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (II Pedro 1:4). Estas palabras “habiendo huido de la concupiscencia”, significan: “habiendo huido del pecado innato”.

Los siervos de Dios, los ministros del evangelio, son constituidos para “perfeccionar a los santos”. (Efesios 4:12) y para la salvación y santificación de los hombres (Hechos 26:18). Es por eso en primer lugar, que le bautismo del Espíritu Santo viene; a saber, para que el pecado sea destruido en nosotros y que seamos hechos “aptos para participar en la herencia de los santos en luz”, a fin de que estemos listos sin momento de previo aviso para estar entre las huestes celestiales con sus vestiduras blancas, lavados en la sangre del Cordero. ¡Gloria a Dios para siempre!

Si tú, hermano o hermana mía, mirares a Jesús en este momento, confiando en los méritos de su sangre, y recibieres el Espíritu en tu corazón, serás librado de pecado y él no tendrá más dominio sobre ti. ¡Aleluya! Bajo el toque de su santa presencia, tu culpa será quitada y tu pecado limpiado. Y tú mismo arderás como la zarza en el monte de Dios el cual vio Moisés.